La distopía como anestesia.

Occidente, el miedo al futuro y la escasez de utopías.

1. El futuro como amenaza.

La escritora Laia Martínez, en una conferencia celebrada en Valencia, presentó algunas ideas sobre su libro *La utopía no es una isla*. Un hecho que, una vez enunciado por ella, me pareció obvio es que, en Occidente, escribimos, rodamos y consumimos distopías sin cesar, pero apenas producimos utopías. Las estanterías de las librerías y los catálogos de las plataformas están repletos de futuros apocalípticos como pandemias, colapsos climáticos, inteligencias artificiales que nos esclavizan, sociedades divididas en castas y zombis. La utopía, en cambio, brilla por su ausencia y no parece que sea una casualidad.

La tesis de este ensayo es que esa ausencia no es una moda literaria, sino un síntoma político. La distopía se ha convertido en la forma dominante de imaginar el futuro porque nos enseña a temerlo, y una sociedad que teme el futuro es más fácil de gobernar. La utopía, en cambio, es subversiva, dado que afirma que las cosas pueden ser de otra manera y el sistema no puede permitirse esa afirmación.

2. La distopía como anestesia.

Hay una idea que se ha repetido hasta convertirse en un lugar común: es más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del sistema económico en el que vivimos. La distopía es la prueba, porque nos permite experimentar el colapso en un entorno seguro, sin tener que hacer nada para evitarlo. Es un consumo que no mueve a la acción, sino que la sustituye.

La distopía cumple una función catártica; nos hace sentir que el desastre es inevitable y que, por tanto, no hay responsabilidad individual. Si el futuro está escrito, ¿para qué esforzarse? El espectador de una serie sobre el fin del mundo se siente aliviado al comprobar que, después de todo, su vida no es tan mala. Y ese alivio es una forma de resignación.

La utopía, en cambio, es incómoda. En lugar de consolar, exige imaginar un mundo distinto y, por tanto, preguntarse por qué no existe ya. La utopía es una brújula que señala un horizonte, mientras que la distopía es un espejo que nos devuelve el miedo que ya tenemos.

3. Por qué no se escribe utopía.

Hay razones narrativas y políticas. Las narrativas son las más evidentes, dado que la utopía carece del conflicto que hace avanzar una historia. Si todo funciona, ¿dónde está el drama? Por eso muchas utopías literarias caen en el aburrimiento o en la descripción estática. Las distopías, en cambio, tienen conflicto por definición.

Pero las razones políticas son más profundas. La utopía se asocia en el imaginario colectivo al fracaso de los proyectos revolucionarios del siglo XX, como el paraíso comunista que nunca llegó o la sociedad perfecta que se convirtió en pesadilla. Y el sistema ha aprendido a desacreditar cualquier intento de imaginar un futuro diferente tildándolo de ingenuo o de peligroso. La utopía ha quedado atrapada entre el desprestigio de los totalitarismos y la sospecha de la propaganda.

La ciencia ficción, que durante décadas fue un laboratorio de futuros alternativos, se ha convertido en gran medida en una reproducción del presente. No es un género sobre el futuro, sino sobre el presente. Y en el presente occidental, el futuro se ha convertido en una amenaza. Por eso la ciencia ficción hegemónica es distópica; no porque el futuro sea terrible, sino porque no sabemos imaginarlo de otra manera.

4. La utopía como horizonte.

La utopía, bien entendida, no es un sueño abstracto de un mundo perfecto, sino la anticipación de lo posible, la capacidad de imaginar alternativas reales a lo que existe. No es un lugar al que llegar, sino una dirección. No es una isla, como dice el título del libro de Laia Martínez, sino un horizonte que orienta el camino.

La escritora Ursula K. Le Guin demostró que la utopía puede ser literaria y política a la vez. En sus novelas imaginó sociedades que no eran perfectas, que tenían conflictos y contradicciones, pero que habían elegido organizarse de otra manera. No eran paraísos, eran posibilidades, y esas posibilidades son lo que las distopías nos impiden imaginar.

5. Los futuros del Sur Global.

El contraste con Occidente es revelador. Mientras en Europa y Estados Unidos el futuro se representa como una amenaza, en gran parte del Sur Global sigue siendo una promesa. No porque las condiciones de vida sean mejores, sino porque están en proceso de construcción. La ciencia ficción africana, latinoamericana o asiática imagina futuros que no son apocalípticos, sino proyectos de justicia y de comunidad.

Hay autoras y autores que, desde el Sur Global, escriben distopías que contienen una semilla de esperanza. Imaginan futuros de colapso climático y violencia, pero también de comunidades que se organizan para sobrevivir y construir algo distinto. No son utopías, pero tampoco son rendiciones, y su existencia demuestra que el pesimismo occidental no es universal.

El movimiento solarpunk, surgido en la última década, es otro ejemplo de esa otra imaginación del futuro, con ciudades verdes, tecnologías apropiadas, comunidades locales y sostenibilidad. No es una utopía perfecta, pero es una alternativa real.

6. La resistencia cultural.

Frente al monopolio de la distopía, hay creadores que resisten y series que juegan con la ética y la posibilidad de mejorar, aunque sea desde el humor. Películas que imaginan futuros tecnológicos no occidentales, con una estética y una política propias. Y en la literatura, autoras que siguen siendo referentes para quienes quieren imaginar futuros que no sean pesadillas.

No se trata de sustituir la distopía por la utopía, sino de recuperar el equilibrio. La distopía tiene una función crítica, al advertirnos de los peligros del presente. Pero sin utopía, la crítica se convierte en resignación. La distopía nos dice lo que no queremos; la utopía nos dice lo que queremos. Y una sociedad que solo sabe lo que no quiere está condenada a repetir lo que tiene.

7. La vida con utopía.

La escasez de utopías en Occidente no es una casualidad literaria, es un síntoma de una sociedad que ha perdido la fe en su capacidad de cambiar, de una sociedad que nos enseña a temer el futuro para que no intentemos construirlo.

Recuperar la utopía no es un lujo cultural, es una necesidad política. Sin utopía, no hay brújula para la crítica, ni horizonte para la acción.

La clave no es cómo imaginar un mundo perfecto, sino cómo recuperar la capacidad de imaginar un mundo distinto. Porque si no podemos imaginar el futuro, no podremos construirlo y, si no lo construimos, otros lo harán por nosotros.